

Tuve el honor de trabajar formando el Archivo Gonzalo Díaz junto a la antropóloga Paloma Molina, con la convicción de que era fundamental sistematizar y poner a disposición su legado artístico, plasmando, desde su propio relato, las estrategias y experiencias presentes en cada una de las obras que hizo a lo largo de su vida.

Agradezco a Nury González, con su poderosa intuición, quien nos invitó y empujó a comenzar este trabajo con premura, incluso antes de saber que nos habíamos ganado el Fondart que nos permitiría desarrollar el proyecto del archivo.

Y el tiempo quiso que tuviéramos tiempo, un tiempo para sentarnos, junto a Gonzalo, en una seguidilla de reuniones que se extendieron por más de un año, llegando a ser tres por semana, de dos a tres horas de conversación cada una, y que él tildaba de “pesadilla”. Con justa razón.

Día tras día fuimos recorriendo su producción, comenzando con sus años de escuela, sus primeras obras y exposiciones. Su viaje a Florencia y su regreso al país, trayendo consigo materiales e ideas que lo llevarían a desprenderse de su imaginario metafísico, para coronar a la Madona chilena, la chica Klenzo, como una de las iconografías más representativas de su obra.

Cada día de conversación nos permitía ir acercándonos a sus decisiones y exploraciones en lo formal y lo conceptual, las que fueron quedando registradas en la entrada que nosotras llamamos “Biografía de la obra”, espacio que nos permitió ir reconociendo particularidades presentes en sus trabajos, como una trama fina de estrategias personales y únicas.

*Pintura por encargo* es, en este sentido, un momento clave dentro de su producción artística, en el que Gonzalo no sólo toma la decisión de trasladar la pintura al espacio tridimensional, sino que entiende que podía sumar a su puesta en escena otras manos, en este caso las de Mario Solís, pintor de carteles cinematográficos, quien estaría encargado de pintar el retrato, que, a su vez, el estudio fotográfico de Jaime O’Ryan haría de Gonzalo pintor.

Y así, la transición hacia la instalación lo lleva a descubrir la necesidad de conectar con otras habilidades, con otros oficios, con otras personas que le permitieran concretar las ideas que iba materializando, poco a poco, de manera reflexiva y metódica, a veces más cercana a un ingeniero o a un arquitecto. Obras que, si las miramos de cerca, tan cerca, que podemos ver lo invisible al escuchar su palabra, se develan como verdaderos engranajes de reloj, donde cada pieza juega un papel fundamental para sostener el total.

Gonzalo Díaz se convirtió en un gran admirador de todos quienes colaboraron con alguna parte de sus obras, reconociendo la experticia presente en oficios tan diversos como la taxidermia, aplicada en la obra *Del frente de Stalingrado* que presentó en Metales Pesados, la cerámica en manos de Lisse Moller que hizo unas placas perfectas que le permitieron contener las resistencias que formaban cada una de las palabras de su obra *Al calor del pensamiento*, o la elaboración de un determinado motor y bomba de agua que sólo lo sabía hacer el padre de Pablo Ferrer como se muestra en su obra *Ngen-Futa-Winkul*, presentada en Corea del Sur.

Y las palabras en neón merecen una mención especial. Tan presentes y rotundas en sus obras. Quizás la más emblemática: Unidos en la Gloria y en la Muerte, exhibida en la sala Matta y en el frontis del Museo Nacional de Bellas Artes entre el 17 de diciembre de 1997 y el 31 de enero de 1998, período de tiempo en el que la empresa de neones Parraguez pasó todos los días revisando, ajustando o reemplazando cada uno de los neones que formaban parte de la obra. Y era atendido por su propio dueño, con quien estableció una relación de confianza y complicidad. Ellos lo siguieron en cada una de sus locuras, cumpliendo a cabalidad los exigentes requerimientos que Gonzalo establecía para cada uno de sus trabajos: *Obra de Arte* en la Casa Central de la U. de Chile, *Obra de Arte* en Valparaíso para la Trienal de Chile, *Rúbrica* en Matucana 100, el *Neón es Miseria* en galería Metropolitana y D21, obra que se extendió a lo largo de un año.

Así se fue construyendo el archivo mes a mes. Gracias a la infinita paciencia y generosidad de Gonzalo Díaz, quien se expuso al abismo de la memoria, como él nos recriminaba cada cierto tiempo, comentando que se sentía abrumado por la exigencia del recuerdo, cuando su cabeza no daba con la data exacta (para lo cual siempre estaba Nury para rectificar nombres, lugares y fechas) o cuando la presencia de una obra específica, quizás menor en sus propias jerarquizaciones, le recordaba aquellos intentos fallidos, cuyos registros él prefería borrar.

Recorrimos 48 años de creación ininterrumpida, comenzando con su pintura *El Árbol del paraíso* de 1975 y terminamos con *Escapulario* de 2023, guiadas con cariño por sus palabras, siempre tan precisas y su mirada aguda.

El lanzamiento del archivo, el 21 de enero de 2025, fue una fecha que muchos de nosotros recordaremos. Por su discurso, estructurado a partir de las jerarquías celestiales, por su alegría de ver materializado un desafío que por momentos parecía infinito y por su generosidad de regalarnos una obra que immortalizaba ese momento.

Y me quedo con esto último:

He estado reflexionando sobre la muerte, cuando nos toca despedir a una persona tan única e importante como Gonzalo Díaz y viene a mi cabeza la sensación de impotencia de haber pensado que este tipo de personas eran inmortales... y en vez de desconsuelo, viene a mí la certeza de que efectivamente es así. Gonzalo Díaz es inmortal, en cada una de sus pinturas, en cada una de sus instalaciones, en cada uno de sus escritos, en cada una de las y los artistas que se formaron bajo su tutela.

Y me alegra que hayamos podido contribuir para que su legado esté disponible para ser consultado, investigado y disfrutado por todas las personas.

Macarena Murúa